



La confesión de Constanza

CHRISTOPHE PAUL

Indice

[DEDICATORIA](#)

[LISTA PERSONAJES](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)

[Capítulo 68](#)

[Capítulo 69](#)

[Capítulo 70](#)

- [Capítulo 71](#)
- [Capítulo 72](#)
- [Capítulo 73](#)
- [Capítulo 74](#)
- [Capítulo 75](#)
- [Capítulo 76](#)
- [Capítulo 77](#)
- [Capítulo 78](#)
- [Capítulo 79](#)
- [Capítulo 80](#)
- [Capítulo 81](#)
- [Capítulo 82](#)
- [Capítulo 83](#)
- [Capítulo 84](#)
- [Capítulo 85](#)
- [Capítulo 86](#)
- [Capítulo 87](#)
- [Capítulo 88](#)
- [Capítulo 89](#)
- [Capítulo 90](#)
- [Capítulo 91](#)
- [Capítulo 92](#)
- [Capítulo 93](#)
- [Capítulo 94](#)
- [Capítulo 95](#)
- [Capítulo 96](#)
- [Capítulo 97](#)
- [Capítulo 98](#)
- [Capítulo 99](#)
- [Capítulo 100](#)
- [Capítulo 101](#)
- [Capítulo 102](#)
- [Capítulo 103](#)
- [Capítulo 104](#)
- [Capítulo 105](#)
- [NOTA DEL AUTOR](#)

La confesión de Constanza

CHRISTOPHE PAUL

Titulo original: *La confession de Constanza*

Traducción : Véronique Conesa

© Christophe Paul 2014

Diseño de la cubierta: Zinnia Clavo

1ª edición: digital diciembre 2014

Idioma español

Depósito legal: 16/2014/12597

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

DEDICATORIA

A todas las mujeres que renacen en primavera

LISTA PERSONAJES

- Constanza Sereni** - Protagonista
- Inés Belloch** - Amiga infancia Barcelona
- Regina** - Asistente en casa de Constanza
- Massimo Di Lauro** - Marido de Constanza
- Salvatore Di Lauro** - Cura, hermano Massimo
- Angelo Belletti** - Director financiero
- Zoe** - Peluquera Nápoles
- Zita** - Hija de Zoe
- Paolo** - Marido de Zoe
- Gino** - Profesor de tenis - Hermano Zoe
- Fasio Smith** - Inspector brigada Antidrogas
- Nathan Wells** - Profesor australiano.
- Émerson Jesús Hernández** - Narcotraficante

1

Nápoles – finales de junio

Un reluciente taxi blanco se detuvo en la esquina de la piazzetta Cariati, en la parte alta de la ciudad, bajo el sol del mediodía. Allí la amplia vista de Nápoles bañada en su luminosa bahía azul, contrastaba con los humildes y sombríos edificios que la rodeaban.

El chófer cobró su viaje observando cómo la *bella donna*^[1] que había recogido en la piazza Garibaldi se deslizaba fuera del coche, cerraba la puerta con cuidado y se adentraba sin vacilar en el temido *Quartieri Spagnoli*^[2], desvaneciéndose por una de las oscuras y enfermizas callejuelas que conducían hacia la mala zona, adornada con bombillas, relicarios y banderitas de papel de todos los países.

El taxista metió una marcha y arrancó con un suspiro. Dónde iría esa mujer de aspecto frívolo y aristocrático.

Había subido a su taxi en la fila de la *Stazione Centrale*^[3] llenando el habitáculo con su perfume caro y su sonrisa franca y contagiosa. La espío a hurtadillas por el espejo, cruzando su mirada sincera y luminosa en varias ocasiones sin que ella se molestara. Como si se conociesen desde siempre. Tenía una bonita melena castaña, limpia y brillante... pensó él. Unas cejas espesas y salvajes acompañaban sus ojos verdes y húmedos, de un verde tan oscuro que recordaban al mar Tirreno en un día de tempestad. Una nariz italiana, con carácter. Y una boca... una boca para soñar, hecha para sonreír, de esas sonrisas que iluminan la cara y dan una belleza insuperable. Vestía estricta, a pesar

del día veraniego. Falda y chaqueta de lino azul marino sobre una blusa de seda blanca, un discreto y vaporoso tocado blanco y negro coronaba su pelo realzando aún más su esbelta elegancia. El único detalle extravagante, en el que se fijó mientras la observaba alejarse: la falda que llevaba por debajo de la rodilla tenía en el lado derecho una apertura que llegaba hasta medio muslo, dejando ver discretamente a cada paso unas medias de rejilla color café tostado que contrastaban con la palidez de su piel. Detalle que podría haber dejado alguna falsa sensación, rápidamente disipada por unos peep toes[4] azul marino y blanco de poca altura, a juego con un pequeño bolso plano y el elegante tocado. Discretos y caros, con toda seguridad. Hablaba en un italiano correcto, demasiado para ser italiana, demasiado para ser turista.

La campana de alguna de las más de cuatrocientas iglesias de Nápoles acababa de cantar las doce y media en la incierta lejanía. Los rayos del sol invadieron por unos minutos el sucio pavimento negro de la oscura callejuela orientada hacia el puerto. Las ropas tendidas de los balcones se tiñeron de color, iluminando las tristes y vetustas fachadas, devolviéndolas por unos instantes a un esplendor perdido quinientos años atrás.

Constanza caminaba segura de sí misma, sin importarle la mirada ávida de los hombres. Sabía que aquí estaba a salvo, llevaba casi quince años pasando por estas calles. La mayoría la reconocía, era la mujer de Massimo Di Lauro y esto imponía cierto respeto. Acostumbraba a ir con la mirada altiva perdida en algún horizonte lejano, pero hoy era diferente, observaba, sonreía, parecía otra. Sus ojos se encendían cuando el sol la deslumbraba.

Saludó a una mujer atónita, que limpiaba unas doradas en su puesto de la *Pescheria Azzurra*[5] en el centro de la callejuela. Ella no fumaba pero entró a comprar un paquete de cigarrillos en la *tabaccheria*[6] porque le apetecía hacerlo, se sentía libre.

Siguió abriéndose camino entre puestos de verdura, ropa, pescado, música... y una multitud abigarrada que iba y venía.

Dos intrépidos chicos en un viejo scooter pasaron rozándola y lanzando piropos.

— *Che bella, se essere sexy fosse un delitto, passeresti la vita nel carcere!*[7]

— *Cosa fa una stella volando così bassa?*[8]

— *Cupido mi ha trafitto, mi sto innamorando di te.*[9]

Y la motocicleta desapareció como había venido, en un sonido atronador.

Constanza sonrió ante tanta espontaneidad y atrevimiento, pensando que poco tiempo atrás seguramente se habría ofuscado por tanta desfachatez y se lo habría comentado a su confesor.

Este pensamiento la devolvió a la realidad y a lo que la había traído de vuelta a Nápoles. Sus ojos se oscurecieron levemente. Apretó el paso. El sol seguía su camino y había abandonado el negro pavimento para trepar poco a poco por las fachadas a su izquierda. Dentro de poco todo volvería a la triste realidad, sucia y desvaída.

Más adelante se dio cuenta de que la Pizzería Trattoria Paolo había cerrado definitivamente, para siempre, Paolo no volvería a preparar sus deliciosas pizzas.

La tormenta invadió sus ojos, su sonrisa desapareció dejando una boca decidida.

Constanza dobló la esquina y se apresuró aún más, caminaba con paso firme y decidido. Había vuelto para terminar algo, para cerrar una etapa de su vida... El sol dio definitivamente la espalda a la oscura callejuela y la maléfica presencia de la Camorra volvió a palpar en el ambiente; los turistas retrocedían mientras las miradas hostiles se filtraban entre la muchedumbre.

Sus pasos la condujeron hasta una tétrica placita en la que se imponía una lúgubre iglesia de finales del barroco.

Miró con ojos nuevos la fachada arruinada del pequeño santuario, con su pintura desconchada, su pórtico agrietado y sus columnas casi inexistentes. Todo había cambiado para

ella. Las cadenas de la sumisión se habían disuelto. Una sonrisa maquiavélica se dibujó en sus labios sensuales y sus ojos brillaron con un destello preocupante.

Empujó la reja de acceso que separaba el territorio de Dios del común de los mortales, subió despacio los cuatro escalones de mármol roídos por los siglos de los siglos y entró decidida en el recinto sagrado respirando hondo.

La pesada puerta de madera sonó tras ella pero esta vez no se sintió atrapada. Se detuvo un instante para observar por primera vez lo que sus ojos habían visto durante años, el impresionante interior inmaculado, blanco y dorado, mucho más amplio y pulcro de lo que dejaba presagiar la fachada.

Nada había cambiado desde la última vez. Por qué habría de cambiar. Seguramente llevaba así una eternidad. La que había cambiado era ella. Se había liberado de la prisión en la que estaba en clausura.

Constanza se sobrepuso, ya no sentía la opresión ni la paz que le producía el templo de Dios. Caminó lentamente hacia los confesionarios oscuros y pesadamente labrados. Él ya estaba allí, la había visto entrar y se había apresurado a tomar su sitio en la cabina, en la penumbra, protegido por el misterio y la celosía.

Había visto con el rabillo del ojo cómo él se reponía de su sorpresa al verla y se precipitaba a grandes zancadas, un poco agachado para pasar desapercibido entre los revuelos de su negra sotana, o tal vez encorvado por el peso de los años. Era el hermano mayor de su marido, alistado en las filas de la iglesia por amor a Dios todo poderoso o por una tradición que no quería dividir una herencia complicada. Todo quedaba siempre en familia.

Bajó delicadamente el corto velo de rejilla negro de su tocado hasta media cara. Se arrodilló sobre el desgastado terciopelo rojo del confesionario, remangando su falda más de lo necesario para que no se arrugara, enseñando unas

preciosas medias de rejilla que se le antojaban obscenas e irreverentes en este lugar.

—*Buongiorno Constanza*[\[10\]](#), hace mucho tiempo que no venías por aquí.

Viendo que Constanza no contestaba y escrutaba con insistencia la rejilla del confesionario, Salvatore Di Lauro decidió dar por terminado su monólogo y empezar la confesión:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida. Bendígame padre porque he pecado.

—Te escucho hija.

—He matado...

2

Roma – 3 meses antes

El sol se deslizaba por las ventanas del pequeño comedor inundando el mantel de encaje blanco con su luz cálida a pesar de la hora. El espejo del aparador reflejaba la alegría de unas paredes de papel japonés vestidas con coloridas acuarelas y pequeños grabados. La primavera había empezado con buen pie dejando atrás un invierno frío y lluvioso que se había hecho eterno.

Los sensuales labios de Constanza se posaron con deseo contenido sobre la delicada taza de porcelana para tomar un último sorbo de café mientras su mirada controlaba la hora en el enrevesado reloj de oro y cristal del aparador. Las nueve de la mañana, iba a llegar tarde a su misa diaria. Sus labios esbozaron una sonrisa soñadora, devolvió la taza a su pequeño plato decorado con las mismas flores azules, y rompiendo la rutina cotidiana cogió otra rebanada de pan tostado de la negra panera africana. La untó concienzudamente con mantequilla irlandesa y añadió una buena capa de mermelada casera, para luego dejar dibujada en ella la huella perfecta de un mordisco pecaminoso.

Desde hacía unos años, el inicio de la primavera la alteraba y la perturbaba más de lo habitual, cada vez era más difícil de controlar.

Estaba en el pequeño comedor que usaban a diario. Más sencillo y alegre que el de las recepciones a pesar de algunos objetos que no le habían dejado quitar, reliquias familiares de otros tiempos... Desayunaba sola, como casi siempre. Massimo se iba muy pronto con el primer tren

para Nápoles, poco más de una hora de viaje durante la que podía trabajar cómodamente en el compartimento Ejecutivo del tren de alta velocidad; un vagón con sólo ocho asientos de cuero, WI-FI y todos los servicios imaginables. Sus oficinas seguían en la ciudad de *Partenope*^[11], en el *Centro Direzionale*^[12], a pocos minutos de la Estación Central.

Los Di Lauro eran una familia de Nápoles desde siempre y para siempre. Su fortuna originada por las actividades del puerto se había diversificado mucho hoy en día y Massimo dirigía con mano de hierro un pequeño imperio que llegaba hasta España gracias a su dote, a su pequeña aportación, como solía decirle él. Ella era de Barcelona y su padre había arreglado el matrimonio para su bien y su futuro. Y el de la empresa. Su madre, que no llegó a ver la boda, había puesto como condición que su hija terminase una carrera universitaria antes de ser encadenada en otra tierra y su padre había respetado su voluntad. No porque tuviese en cuenta a su mujer, sino más bien por alguna superstición hacia el más allá. Ella llegó al mundo después de muchos intentos y fracasos, pero no era varón y su padre no le prestó atención. Pronto fue a parar a un pensionado para señoritas acomodadas, en el que unas monjas agridas lucharon largos años contra su rebeldía, hasta encarrilarla.

Sacudió fuertemente la cabeza para no seguir pensando en el pasado. Su madre sólo fue capaz de traer una hembra para la descendencia, pero ella no había conseguido ni eso. Los exámenes médicos habían dicho que todo estaba bien, pero nada. De todas maneras ya se habían hecho a la idea, y Massimo se había alejado. A veces, como en esta ocasión se quedaba en Nápoles toda la semana. Al principio ella le acompañaba, la casa familiar se encontraba en via Partenope, en primera línea del mar, en lo alto de un bonito edificio propiedad de los Di Lauro desde generaciones, igual que el de Roma. Le gustaba ir allí, desayunar en la terraza viendo la bahía de Nápoles, el Castel dell

Ovo[13], y a veces cuando el tiempo lo permitía hasta la isla de Capri y la península Sorrentina cerrando el golfo. Luego daba largos paseos por la ciudad, en verano se bañaba en las playas cercanas...

Eso era antes, cuando todo era bonito y ella se declaraba enamorada y dispuesta a seguir el juego.

Se levantó dando por finalizado su desayuno y siguiendo una rutina bien orquestada, se acercó a la luminosa ventana para recibir el calor del sol mirando la copa de la palmera del jardín. Alzó la vista un momento, sus ojos se llenaron de luz con destellos verdes mientras observaba los tejados de Roma, luego miró via Veneto al final de las escaleras, había poca gente paseando, era pronto.

Hoy iba a ser un día diferente. Todos los años, todas las primaveras, sobre todo desde hacía algunos años, existía un día en el que volvía a sentir esa sensación de libertad, de evasión, rápidamente eclipsada por la obligación del deber bien hecho. Pero hoy iba a ser diferente.

—¿ *Signora*[14], puedo retirar el desayuno?

—Sí Regina, gracias

Igual que todas las mañanas.

Iba a llegar tarde a misa.